

régimen que había creado la revolución sería duradero. Con su muerte empezó la anarquía, que aumentó progresivamente, creando muchos partidarios a la restauración. Inútilmente tomó Milton, ciego ya, la defensa de la «antigua buena causa,» y trató de demostrar a sus conciudadanos las ventajas grandes del gobierno republicano sobre el monárquico; inútilmente les dijo estas proféticas palabras: «Quizá tendremos que combatir de nuevo por lo que ya hemos combatido; quizás deberemos hacer los sacrificios que ya hemos hecho una vez.»

La voz del inmortal poeta no fué oída y una tentativa de insurrección dirigida por Lambert, que se había escapado de la Torre, no dió resultado alguno. Los adversarios de la monarquía no estaban seguros de ataques materiales en las calles de Londres y los conventículos de noticias fueron disueltos a la fuerza por el pueblo. Las elecciones para el Parlamento excluyeron a casi todos los hombres de opiniones republicanas é independientes, no habiéndose sujetado nadie a las restricciones prescritas. La Cámara de los Comunes tuvo un carácter presbiteriano-realista, y el mismo día, el 25 de abril, se reunió la Cámara de los Lores que se hallaba dominada por un espíritu semejante.

La pequeña corte de Carlos II había seguido con ansiedad, en Bruselas, el curso de los sucesos, recibiendo exposiciones de Inglaterra, Escocia é Irlanda, en que se hacían declaraciones de arrepentimiento y de sumisión al rey y a sus consejeros. Uno tras otro deseaban abandonar a tiempo las ruinas de la república. El almirante Montague puso su escuadra a disposición de Carlos II; Lenthall, el presidente del Parlamento largo, envióle sus consejos y Thurloe hizo saber que estaba pronto a servirle. No podía dudarse de Monk y este podía responder no solo de Inglaterra sino de Escocia y de Irlanda. Por su consejo trasladóse la corte de los Países Bajos españoles a Breda, en donde el ligero y joven rey se vió pronto rodeado de una multitud de fieles caballeros. En Breda (14 de abril) fechó la declaración en que se concedían las garantías pedidas: amnistía, tolerancia, aprobación de las negociaciones entabladas, pero todo ello sujeto a la resolución del Parlamento. La declaración fué entregada a Greenwille aun antes de que Carlos II llegara a Breda, y junto con la declaración iban cartas reales a ambas Cámaras, a los magistrados de la City, a los almirantes y a Monk para que las comunicaran al Consejo de Estado y a los oficiales. Al mismo tiempo, y en un escrito particular, se aseguraba Monk el cargo de capitán general de las fuerzas reales.

Cuando Greenwille se presentó el 18 de abril en el Consejo de Estado y entregó a Monk el escrito oficial del rey, hizo este el sorprendido y el Consejo de Estado decidió no abrir el documento sin permiso de la Asamblea. Greenwille hubiera sido reducido a prisión si Monk no hubiese respondido de él. Era una comedia cuyo desenlace podía prever todo el mundo. El día 1.º de mayo presentóse a las dos Cámaras el escrito del rey junto con la declaración de Breda; en pocas horas supo la ciudad lo que había sucedido y el país lo conoció en pocos días. El entusiasmo del pueblo no conoció límites, hubo luminarias, se tocaron las campanas y el pueblo bebió en las calles a la salud del rey.

Ambas Cámaras declararon que «según las antiguas leyes fundamentales del reino, el gobierno se componía de Rey, Lores y Comunes;» decidieron invitar al legítimo soberano a que regresara y se deshicieron en respetuosas manifestaciones de su lealtad, en cuyas manifestaciones les secundaron las corporaciones de la ciudad. Los presbiterianos trataron

de proteger los actos más importantes del Parlamento largo del peligro de una reacción y poner en forma de ley las promesas generales de la declaración de Breda; pero los caballeros y Monk supieron estorbar aquel propósito, no terminándose ninguno de los bills que antes del regreso del rey debían resolver las cuestiones políticas y religiosas. Los regicidas, pudieron prever ya, ante los violentos ataques de que eran víctimas, la suerte que les esperaba a pesar de la promesa real de amnistía.

El deseo ardiente de ver cuanto antes al rey en Londres venció todas las precauciones de la prudencia. Carlos II recibió en el Haya las diputaciones del Parlamento, de la City y del clero, y todo estaba preparado para recibirle solemnemente, desde el nuevo trono y el nuevo cetro hasta el lecho dorado en que debía descansar S. M. en el palacio de sus mayores, después de vagar errante en el destierro. Durante algunos días continuó siendo huésped de los Estados generales; después dirigióse con sus hermanos y su brillante acompañamiento a Scheveningen donde estaba anclada la escuadra inglesa. Acompañado de las salvas de los cañones entró en el buque que cambió su nombre de «Naseby» por el de «Carlos.» El día 25 de mayo desembarcó en Dover y cuatro días después hizo su entrada en la capital con incommensurable alegría del pueblo. «Es solo culpa mía, dijo irónicamente, que no haya regresado antes, pues que todo el mundo me asegura que estaba deseoso de mi regreso.»

La revolución había terminado, pero su historia no fué perdida ni para Inglaterra ni para la humanidad. En aquella nación, que tanto debía a su aislamiento insular, se había puesto a tiempo un límite a las tendencias de la monarquía absoluta, que por el contrario se consolidaba casi en todas partes en el continente. Es verdad que la familia de los Estuardos siguió de nuevo aquella tendencia, olvidando la enseñanza de lo pasado, y se hizo vasalla de un déspota extranjero para matar la libertad de su pueblo; pero la primera revolución había dejado preparado el camino para la segunda y creado órganos de resistencia contra los cuales debía estrellarse la fuerza del absolutismo. Reconocióse el dominio del Parlamento y se aseguró la transformación de los antiguos estados ó brazos en la moderna Constitución. En un principio también hubo reacción contra la tendencia religiosa de la revolución, y el puritanismo convirtióse de vencedor en perseguido. La constitución de la Iglesia que había creado fué deshecha y se rompió el yugo que había impuesto a la vida de algunos. Creóse una nueva raza para la cual los ideales del puritanismo eran motivo de burla y que trataban de vengarse por medio de la mayor licencia de la sujeción que habían sufrido largo tiempo. Sin embargo, muchos de los principios del puritanismo quedaron como fuerzas permanentes que continuaron haciendo su efecto, habiéndose convertido en elemento indestructible del carácter del pueblo; principios que purificados y despojados de preocupaciones encontraron aceptación en otros países. Las cuestiones de la tolerancia y de las relaciones de la Iglesia con el Estado, que tanto habían ocupado a los campeones del puritanismo bajo el régimen de los independientes, no podían desaparecer del dominio público, sino que en distinta forma se extendieron por ambos mundos buscando poco a poco una solución. Y si las rimas satíricas de Butler y las estrofas frívolas de Rochester, a pesar de ser curiosidades literarias, tuvieron un destino miserable, las eternas verdades que escribió Milton forman parte de la gran herencia espiritual que entrega una generación a otra.

FIN DE LA REVOLUCION INGLESA

LA EPOCA DE LUIS XIV

POR MARTIN PHILIPPSON

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE BRUSELAS

LIBRO PRIMERO

PRINCIPIOS DEL REINADO DEL GRAN REY

CAPITULO PRIMERO

LA MONARQUIA FRANCESA DESDE ENRIQUE IV HASTA LUIS XIV.

Los sucesos que forman la historia de las naciones no se suceden con la consecuencia y lógica rigurosas de las obras dramáticas. Las fuerzas opuestas que producen los sucesos, en constante lucha entre sí, desvían la marcha de las naciones y a menudo parecen volverlas a su punto de partida. Francia no forma excepción de esta regla; no ha recorrido de una manera continua la distancia que hay desde el caos de los primeros tiempos de la Edad Media hasta llegar a ser el Estado más rigurosamente unificado y centralizador, cualidades a las cuales se debió que pudiese concentrar las fuerzas de la nación entera en un haz compacto é imponerse intelectual y materialmente durante más de dos siglos a toda la Europa. Tres prolongadísimas luchas tuvo que sostener la monarquía francesa, representante de la unidad nacional, contra las fuerzas centrífugas, que apenas dominadas volvían a rehacerse. Los aristócratas ó sean los grandes feudatarios que vivían y gobernaban en las provincias casi como soberanos independientes, fueron aniquilados por Luis VI, San Luis y Felipe el Hermoso; pero en su lugar formóse de la misma familia real una alta nobleza nueva; los príncipes de la casa real se consideraban iguales al rey, y los distritos que se les había designado como dote eran en su concepto desde entonces Estados independientes, hasta que las sabias disposiciones de Carlos VII, la tenacidad, astucia y desapiadada seguridad de Luis XI acabaron con el orgullo é insolencia de estos encumbrados vasallos, y abrieron a principios del siglo xv una época esplendorosa para la Francia, algo semejante a la de Luis XIV, con la añadidura de un lustre romántico caballeresco, basado en el desarrollo robusto del espíritu individual no asfixiado todavía por la monotonía de la centralización y el predominio absoluto de la capital sobre el resto del país. Mientras Francisco I y Enrique II luchaban con buen éxito contra los emperadores alemanes y la monarquía colosal española, surgió una brillante y numerosa pléyade de genios atrevidos, fecundos é independientes, de los cuales solo nombraremos a Clemente Marot, Francisco Rabelais, Pedro Ronsart, La Ramée, Juan Goujon y Pedro Lescot, que en el campo de la ciencia, de la literatura y de las artes, arrancaron a la caduca Italia la palma que se le

escapaba de las manos. Entonces, en la primera mitad del siglo xvi no parece perjudicar a la robustez de la monarquía cierta independencia de los municipios y provincias, que con su variedad natural constituía cabalmente un magnífico horizonte a la actividad de las inteligencias y de la civilización de Francia.

Esta brillante alborada fué súbitamente oscurecida por las luchas religiosas que empezaron en el año 1562 y desgarraron durante toda una generación el país con guerras interiores y con su triste séquito de matanzas, asesinatos é incendios. La reforma religiosa desde el primer momento que se presentó en la palestra obtuvo grandes ventajas; pero el espíritu francés le dió luego carácter político; muchos grandes del reino bajo esta bandera abrigaron sus pretensiones, exigencias é intrigas egoístas; de suerte que la Reforma pareció al pueblo en general como una facción rebelde, enemiga de las leyes y del derecho existentes, destructora de un presente y un porvenir felices y gloriosos. Este cambio en la opinión pública quitó a la Reforma los medios de comunicar a la Francia su principio vivificador, y la circunscribió al papel de partido hostil y funesto a la causa nacional.

Para dominar la situación se vió obligada la monarquía a hacer tan grandes sacrificios y concesiones, que quedó poco menos que reducida a la impotencia. En tan larga y sañuda guerra luchaba contra el gobierno una gran parte de la mas alta aristocracia con todo el furor y odio que inspiran las pasiones religiosas; y tanto para ganar a estos enemigos como para recompensar a los amigos, hubo de ceder el rey a unos y otros opulentas ciudades, fortalezas y hasta provincias. Los así favorecidos, engraidos al verse tan temidos y halagados, no se consideraban como dependientes y funcionarios del rey en las ciudades y provincias cuyo gobierno se les había confiado, sino como propietarios absolutos, independientes y hereditarios de ellas. Así nació una nueva, ó sea la tercera época feudal. Cada uno de estos magnates gobernaba en su territorio a su capricho, nombrando los funcionarios públicos, construyendo plazas fuertes y haciendo levallas por su cuenta, burlándose del rey y de su gobierno, al cual solía hacer la guerra poniéndose a la cabeza de cualquier partido descontento de los que en aquellos tiempos turbulentos nunca faltaban, cuando se trataba de hacerles entrar en razón.

El país estaba otra vez expuesto y a punto de desmembrarse cuando lo salvó una reacción saludable que poco a

poco se manifestó en el pueblo y lo dispuso á facilitar al gobierno el trabajo de una nueva centralización. Los horrores de la guerra civil, las exacciones, los asesinatos y devastaciones que ejercían ambos bandos á porfía; la presión tiránica de los magnates que abusaban de su independencia, poder y riquezas, despertaron en el pueblo el deseo cada día mas vivo de ver renacer el brillo anterior de la nación con la tranquilidad, la paz, el orden y un fuerte poder central, capaz de ahogar todos los poderes parciales é individuales y asegurar la paz en el interior y la influencia de la Francia en el exterior.

En 1598 había restablecido Enrique IV la paz interior y exterior del reino. Como principio prevalecía en todas partes la monarquía absoluta; la voluntad del rey era considerada por todos como ley única. El rey era el que legislaba, concedía privilegios de toda clase, organizaba la administración civil, administraba justicia, nombraba todos los empleados y funcionarios incluso los obispos y abades, reunía y disolvía los Estados generales ó parlamentos. Todo esto era admitido universalmente en teoría, pero en la práctica se presentaban las cosas de muy diferente modo, no por las representaciones de los parlamentos provinciales y generales, únicas bien que debilísimas vallas del poder real, sino por otros obstáculos mas palpables y brutales, á saber: la omnipotente aristocracia por un lado, y por otro el partido de la reforma religiosa, los hugonotes que con su organización militar y política compacta, sus asambleas generales y provinciales, sus plazas fuertes perfectamente armadas y pertrechadas, representaban realmente un Estado dentro del Estado, tanto mas celoso de conservar incólumes sus exorbitantes fueros cuanto que conocía muy bien los sentimientos hostiles de la gran mayoría de la nación.

Apoyado Enrique en la fuerza de la opinión pública y en la nunca desmentida lealtad de la nobleza francesa inferior y media, empezó, casi sin necesidad de echar mano de la fuerza material, pero con energía y perseverancia, su constante lucha en favor del poder real absoluto contra todos los elementos que se le oponían. Por una parte excluyó por punto general á todos los grandes de los negocios públicos, y por otra organizó un ejército permanente, bastante numeroso para ahogar en su origen y á la fuerza, cuando no bastaban la amenaza y el simple aparato, la mas insignificante tentativa de independencia. Al lado de los grandes puso funcionarios inferiores que vigilaban sus pasos y poco á poco les quitaban su influencia y los medios de resistir. Sin autorización del rey no era permitido á nadie tener fuerza armada ni pertrechos de guerra, como pólvora y armas de fuego. La misma nobleza inferior, que tantos títulos al agradecimiento del rey tenía adquiridos, vió cambiada su posición y menguadas las ventajas tradicionales anexas á ella, porque Enrique, en lugar de despilfarrar los fondos públicos con pensiones á favor de individuos de esta numerosa nobleza, según antiquísima costumbre que para los interesados tenía todo el carácter de un derecho, prefirió emplearlos en el sostenimiento de su ejército, en el fomento de la industria y en la disminución de la deuda del Estado.

Las espadas y pistolas de los nobles cesaron de ser la fuerza que decidía de la suerte de la nación.

Por supuesto que la alta nobleza no se dejó desposeer tan resignadamente como la pequeña, de la posición influyente y casi soberana que ocupaba cuarenta años hacia. Repetidas rebeliones y alianzas con potencias vecinas hubieron de ser sofocadas con las armas, distinguiéndose entre tan peligrosa oposición cabalmente un número considerable de grandes, hasta entonces amigos y defensores de Enrique, que en su concepto veían recompensados sus servicios con negra

ingratitud. En tales circunstancias es evidente que el rey durante su corto reinado no podía emprender una campaña seria contra los hugonotes con el fin de someter este Estado, tan bien organizado dentro del Estado nacional, á la autoridad absoluta del trono; y tuvo que limitarse á conservar las amistosas relaciones entre él y sus antiguos correligionarios, entre la corona y la organización hugonote.

Poco trabajo le costó en cambio abolir aquellos fueros del pueblo que se habían podido conservar hasta entonces, es decir las libertades municipales y provinciales. El pueblo, deseoso de una era de paz, quería además á su rey por sus cualidades de hijo genuino de la Galia, y le dejó que redujese lo poco que quedaba de la libertad municipal á un mero simulacro. Por principio tampoco reunió Enrique los Estados generales ó parlamentos que antes, en tiempo de sus predecesores, habían sido la esperanza del pueblo, el cual por medio de ellos había impuesto tantas veces su voluntad al soberano. Pero no le fué dado hacer mas: el puñal de un fanático acabó con su vida en 14 de mayo de 1610, antes de que pudiera realizar sus proyectos de política interior y exterior.

En la crítica situación en que la muerte prematura del rey dejó al país se hizo lo que mas procedía. La reina viuda, María de Medicis, tomó en sus manos las riendas del Estado, como regente á nombre de su hijo Luis XIII que entonces contaba ocho años; pero no por esto dejó tan súbito cambio de hacer de nuevo problemáticas todas las ventajas alcanzadas. Los príncipes de sangre real protestaron, y con alguna razón, contra la legitimidad del nuevo gobierno; una guerra con el extranjero llamaba á la puerta, y la regente, como extranjera y amiga de los españoles, odiados por los franceses, era antipática á la nación; de suerte que era muy natural que los magnates y altos funcionarios aprovecharan la ocasión para renovar sus antiguas pretensiones de independencia y calidad hereditaria de sus cargos. No tuvo mas remedio la regente que acallar á estos pretendientes con sumas colosales de dinero, y pingües gobiernos de provincia, y reunir además, pero la última vez antes de la gran revolución, el parlamento de 1614.

Los enemigos de la monarquía unida y fuerte no supieron aprovechar su victoria. La nobleza francesa con su egoísmo tradicional, lo mismo entonces que en todos los períodos de su historia, no supo trabajar como un cuerpo unido; cada individuo procuraba solo por sí, y no veía mas que su interés personal, por lo general asaz pequeño y mezquino. Los príncipes de la sangre que hacían la guerra á la regente encubriendo sus miserables pretensiones con las fases relumbrantes de que luchaban por el bien general y el honor del país, hicieron la paz á condición de recibir para sí y sus parciales nuevos gobiernos de provincia, puestos en el consejo de Estado, y su parte del oro sacado del esquilmo del pueblo que trabajaba y pagaba; de lo demás no se cuidaron, dejándolo todo como estaba. Los Estados generales se mostraron como siempre completamente ignorantes de la cosa pública, sin ningun talento práctico, siendo, según costumbre, solo una palestra en la cual disputaron la nobleza y el clero con el tercer brazo ó sea la clase media; mas ningun parlamento se había mostrado tan torpe é incapaz como el tan deseado del año 1614, el cual demostró hasta la evidencia que la organización social y el estado de la nación francesa entonces eran completamente incapaces de producir una corporación ó un poder, ya fuese aristocrático, ya popular, que pudiese servir de barrera constante y reguladora del poder real. Por otra parte, el pueblo, profundamente disgustado del repugnante egoísmo de los grandes, ruina del Estado y de la nación, concentraba todas sus esperanzas en una mo-



El cardenal Richelieu

narquía robusta, única egida bajo la cual se creía al abrigo de tantas vejaciones. Podía repetirse alguna que otra pequeña sedición, pero sin esperanza de éxito. La conducta de la alta nobleza y de los Estados generales bajo el gobierno de María de Médicis habían abierto los ojos y señalado a la nación francesa el derrotero que le convenía seguir: el de la monarquía absoluta.

María de Médicis, con su séquito de favoritos italianos indignos, no era sin embargo la persona destinada a realizar esta monarquía, ni tampoco estaban llamados a fundarla los ministros débiles que en los primeros años de gobierno de Luis XIII rigieron el país (1). Esta obra estaba reservada a un genio más poderoso y más ilustre, al cardenal Armando du Plessis de Richelieu, que se encargó del gobierno en el mes de agosto del año 1624 (2). Su propósito, el objeto de todos sus esfuerzos fué hacer al monarca omnipotente en el interior, omnipotente y superior en el extranjero a los demás Estados. Este doble objeto persiguió Richelieu, exento de toda ambición personal, identificado completamente con la causa de la monarquía, cuyo instrumento potente se consideraba con orgullo, y empleando todos los medios que le sugieran su perspicacia, su astucia, su inquebrantable energía y consecuente carácter que no retrocedía ante ninguna clase de escrúpulos.

(1) Bertoldo Zeller en su obra reciente: *Le comte de Luynes*, París 1879, trata, aunque con poco éxito, de rehabilitar a este condestable, favorito y ministro de Luis XIII.

(2) Mencionaremos aquí los autores y obras más notables que tratan de Richelieu: MICHEL LE VASSOR, *Histoire du regne de Louis XIII*, 3.^a edición, Amsterdam, 1701, 11 tomos. Es obra muy detallada, escrita con talento e ingenio y entretenida, pero sin el conocimiento crítico de las causas y de su alcance. El autor era hugonote, es decir protestante emigrado y fanático, y por tanto muy parcial en sus juicios.—A. BAZIN, *Histoire de France sous Louis XIII et sous le ministère du cardinal Mazarin*, 2.^a edición, París 1846, 4 tomos. Es obra escrita con talento y gran discernimiento; solo que como el autor no pudo aprovechar los documentos de los archivos que posteriormente se han estudiado y consultado, no se halla ya a la altura de los conocimientos actuales, bien que suplen este defecto en gran parte el admirable tacto histórico y la sana crítica del autor, que en todo han resultado perfectamente acertados, y lo que desde entonces se ha aumentado y mejorado son solo detalles.

MARIO TOPIN en su obra: *Louis XIII et Richelieu*, París 1876, reimpressa desde entonces varias veces, ha tratado de defender a Luis XIII contra lo que se ha dicho respecto de su inteligencia, talento y relaciones con su ministro Richelieu, probando que el rey sentía un sincero afecto al gran cardenal y que tomaba una parte activa en sus proyectos gigantescos, contribuyendo a su realización con sus juicios personales e independientes; pero esta tendencia puede considerarse hoy como completamente vana y de un éxito negativo.

AVENEL, *Lettres, instructions diplomatiques et papiers d'Etat du Cardinal de Richelieu*, 8 tomos, París 1853 a 1877, en los *Documents inédits sur l'Histoire de France*. Esta excelente colección está clasificada muy acertadamente por orden de fechas a fin de poder juzgar mejor la poderosa personalidad de Richelieu, su universalidad y extraordinaria actividad y fuerza de trabajo. De los documentos de menor importancia da esta obra solo un extracto. En la introducción magistral al primer tomo se encuentran observaciones excelentes sobre la índole y los propósitos de Richelieu.

Puede consultarse también la obra de CAILLET. *L'Administration en France sous Richelieu*, 2.^a edición, París 1860; 2 tomos.

Finalmente cito aquí dos obras de muy diferente índole, que son de todo punto indispensables para el que estudie la historia de toda la época de Luis XIV. Primero la *Historia de Francia* por el eminente historiador Leopoldo de RANKE, en particular la parte correspondiente a los siglos XVI y XVII; 3.^a edición, Leipzig, 1877, hasta 1879, 6 tomos, y segundo: Las relaciones que los embajadores de Venecia presentaban al Senado al cumplir las misiones que les habían sido confiadas, y cuyos documentos han publicado BAROZZI y BERCHET en su importantísima colección de las *Relazioni degli ambasciatori Veneti nel secolo XVII*. He consultado con frecuencia para la presente obra estas relaciones, escritas por estadistas de alta categoría, encargados de misiones de gran confianza, conocedores consumados de los hombres y de las cosas, genios eminentes, de rara penetración y por lo general testigos oculares.

Su primera embestida fué dirigida contra los hugonotes.

Richelieu no era intolerante; muy al contrario, se hallaba dispuesto a conceder a los reformados (los hugonotes ó protestantes) los mismos derechos que a sus conciudadanos católicos; pero quería destruir su unión política y militar, prohibir sus asambleas de partido, arrasar sus plazas fuertes y disolver sus ejércitos. Quería quitarles los medios de oponerse a las órdenes del rey desde lo alto de las murallas de Montauban y de La Rochela. Así lo dijo personalmente al clero de Montauban después de la rendición de esta fortaleza que los reformados habían defendido con gran heroísmo: «Su Majestad no hace diferencia entre sus súbditos, sean católicos ó hugonotes.»

Ideó el plan, muy propio de su genio, de aniquilar a los protestantes franceses con el auxilio de sus mismos correligionarios de otros países. A este fin prometió a los ingleses y holandeses que emprendería junto con ellos una vasta guerra contra su enemigo común, la España, si le ayudaban a reducir a la obediencia a los molestos y sediciosos hugonotes. Cayeron en la trampa y facilitaron al cardenal los buques que necesitaba para atacar las plazas fuertes marítimas de los reformados rebeldes. Logrado su intento, rióse de los crédulos y acabó la sujeción de los reformados con la mayor tranquilidad, sin cuidarse de la guerra contra España. Inglaterra, furiosa de verse engañada, envió socorros a los hugonotes, pero ya era tarde, y estos tuvieron que someterse en julio de 1629. Las fortificaciones de todas sus ciudades fueron arrasadas mientras que el rey Luis XIII por otro lado juró de nuevo la gran carta de los protestantes franceses, el edicto de Nantes. Desde entonces cesaron los hugonotes de ser partido político de alguna importancia.

Esta victoria proporcionó dos lauros al cardenal a los ojos del pueblo francés, el de haber escarmentado a los odiados hugonotes y el de haber vencido en repetidos encuentros a las tropas extranjeras, sus aliadas. Esta victoria sobre una potencia extranjera era la primera decisiva que las armas francesas habían logrado desde sus guerras civiles.

Mientras Richelieu andaba todavía meditando en la solución de este problema, hallábase asediado por otras muchas dificultades, tanto más peligrosas, cuanto que no estaba muy seguro del apoyo del mismo monarca en cuyo nombre y favor luchaba. Inútilmente se ha querido en época reciente, para rehabilitar la memoria de Luis XIII, presentarle como unido de corazón y de espíritu a la obra y a la persona de su gran ministro; la verdad es que aunque no desprovisto de inteligencia ni de razón, era limitado y débil de cuerpo y de alma; carácter tímido, que conocía el incalculable beneficio que sacaban el Estado y el principio monárquico de tan poderoso genio como era Richelieu, pero que por lo mismo se sentía oprimido por aquella superioridad abrumadora. Comprendía que el criado era el amo, y su alma pequeña no se sometía a su dirección sino con repugnancia. Gran suerte tuvo el cardenal en que el rey le temiese y no se atreviera a romper las cadenas que le ligaban a un hombre superior que le era tan indispensable, que era su providencia, pero a quien odiaba.

En situación tan insegura, vióse atacado Richelieu por todos los grupos y matices de la oposición, que con razón veían en él un dominador, un amo, a quien les convenía derribar cuanto antes. Además de la oposición protestante, le atacó la ultra católica, que a pesar de su elevada dignidad eclesiástica no le perdonaba su tolerancia para con los hugonotes ni la alianza temporal con estos herejes. No tuvo más remedio por tanto que hacer concesiones, aunque pasajeras, para aplacar esta oposición y mostrarse entre tanto inflexible con sus adversarios de la alta aristocracia, que